

SI EN EL PRINCIPIO FUE EL VERBO, DIOS ES ARGENTINO. PERO... ¿Y SI FUERA MUJER?

TEXTO TONI ITURBE ILUSTRACIÓN HALLINA BELTRÃO



Las escritoras argentinas están *on fire*. Se están llevando todos los premios y todas las miradas. María Gáinza (Buenos Aires, 1975) ha sido galardonada con el Sor Juana Inés de la Cruz que otorga la Feria del Libro de Guadalajara por *La luz negra* (al cierre de este número nos enteramos de que la FIL se está planteando retirárselo porque la escritora no acudió a recibirlo personalmente, y eso pese a la solidez de su excusa: es viuda y el mismo día en que tenía que volar a México su hija de 12 años fue ingresada por una neumonía y un derrame pleural). Mariana Enriquez (Buenos Aires, 1973) ha obtenido el premio Herralde con *Nuestra parte de noche*. Selva Almada (Entre Ríos, 1973) ha obtenido el premio de la Feria Internacional del Libro de Edimburgo por *El viento que arrasa*. Leila Guerriero (Júnin, 1967) es la nueva premio Manuel Vázquez Montalbán. Son mujeres, están entre los cuarenta y tantos y los cincuenta y pocos, y tienen o han tenido relación con el periodismo. Aun así, son tan distintas entre ellas y sus planteamientos tan variados que, más que de una generación, habría que hablar de una conjunción planetaria. Está la mirada de cronista de Guerriero, la mirada de la vida a través del arte de Gáinza, la de la normalidad a través de las brechas de lo extraño de Mariana Enriquez o la mirada de las relaciones humanas a través de los anclajes con el paisaje y el propio pasado de Almada. Precisamente por su complementariedad, su talento y su momento de madurez, este grupo de escritoras está llamado a ser uno de los activos literarios más importantes de la década que arranca.

Mariana Enriquez

Dice que deberían darle el premio Nobel a Stephen King y seguramente también lo piensa. Y si lo pensamos bien, igual es una idea que tiene su resplandor. Ella, cuando va de viaje, en lugar de visitar museos o centros comerciales visita cementerios. Es periodista, subdirectora del suplemento *Radar* del diario *Página 12*. Sus novelas tienen un radar especial para detectar lo extraño, los personajes raros pero nunca lo bastante como para que no pueda tratarse de nosotros mismos. En los relatos de su anterior libro, *Cosas que perdimos en el fuego*, los lugares del terror no son castillos en los Cárpatos, sino vertederos y suburbios. En su nueva novela, *Nuestra parte de noche*, nos inicia en un viaje que empieza en la Argentina de la dictadura pero que traspasa fronteras y va haciéndose más y más subterráneo.

María Gáinza

También llega desde el periodismo cultural, pues es colaboradora de la sección de arte de *The New York Times*. *El nervio óptico* fue su primera novela, pero hablar de

debut sería erróneo porque el periodismo especializado en arte ha moldeado su mano durante años y ha entrenado ese nervio óptico suyo. En este libro, Gáinza recorre algunos momentos de revelación vividos por grandes pintores engarzándolos con los tropezones burdos de la cotidianidad y su catálogo de enfermedades y renuncias. Gáinza nos fascina, pero sin estridencias, desde “la brutal soledad de ese pedazo de carne transpirada que soy”. Le hace decir al pintor de batallas Cándido López que “para tocar el corazón de la realidad hay que deformarla”. Sigue su búsqueda en su última novela, *La luz negra*, donde la narradora es una crítica de arte que entra a trabajar en una oficina de autenticación de obras de arte. Sabrá de la existencia de la Negra, una falsificadora tan mítica que ni siquiera es posible saber si fue un personaje real o una leyenda, tal vez ella misma una falsificación de la falsificación.

Selva Almada

Se crió en Entre Ríos, a seis horas en coche de Buenos Aires, pero a una distancia cósmica. Hace quince años se fue a vivir a la capital y fue entonces, desde la distancia que agiganta el tumor de los recuerdos, que empezó a escarbar en sus territorios de juventud en esa Argentina profunda donde todo es intemperie. A su primera novela ella quería ponerle por título *El viento que propaga el fuego que arrase el mundo*, pero sus editores de la editorial Mardulce se echaron las manos a la cabeza y sacaron las tijeras y ha quedado ya para la posteridad (o un ratito de posteridad) como *El viento que arrasa*. Ha arrasado en Escocia y se ha llevado el premio del festival de Edimburgo al haber sido traducida recientemente al inglés. Después publicó en ese mismo paisaje *Ladrilleros*, novela de amores duros, de sexo duro y verdades duras. En estos momentos está escribiendo la novela que cerrará la trilogía.

Leila Guerriero

Se ha convertido en referente y esperanza del periodismo contemporáneo. Cuando la información está, a través de internet y las redes sociales, por todas partes y es gratis, el periodismo necesita más que nunca de la mirada. Las crónicas y retratos de Leila Guerriero son piezas periodísticas pero también narrativas. Ella nunca se pone por delante de sus textos, pero siempre está detrás de ellos. En *Zona de obras*, manual involuntario pero imprescindible para periodistas culturales, nos dice que “en el buen periodismo narrativo, la prosa y la voz del autor no son una bandera inflamada por suaves vientos masturbatorios, sino una herramienta al servicio de la historia”. E insiste en que “el periodismo narrativo es muchas cosas, pero es ante todo una mirada”. ●

Mariana Enriquez

Los muertos viajan rápido

TEXTO ISRAEL PAREDES FOTO ANA PORTNOY

Una de las grandes virtudes de la literatura de Mariana Enriquez consiste en trabajar en los contornos del género del terror sin intentar, como algunas tendencias literarias y cinematográficas actuales, “dignificarlo”. La escritora argentina parte de sus tropos y arquetipos para, desde su interior, crear una superficie narrativa como base para tejer, a través de ella, acercamientos muy precisos a la realidad, pasada o presente, y elaborar un discurso político que va más allá de lo expuesto en sus historias, ahondando en la forma como vehículo para violentar lo real; para buscar qué se esconde bajo lo visible y, en última instancia, para construir un terreno literario nuevo, aunque pueda parecer reconocible. Esto es, usar la forma literaria como discurso político.



La novela se divide en seis partes que abarcan de 1960 a 1997 mediante un relato no cronológico y con algunos pasajes que evocan tiempos incluso anteriores; traza el itinerario entre Europa y Argentina de dos familias que llegan desde el viejo continente y traen con ellos un culto hacia la Oscuridad. Largos capítulos que arrancan como una novela de carretera de un padre, Juan, y su hijo, Gaspar, personajes principales, pero que en ocasiones se transforma en un relato de casas encantadas, en una saga familiar, en informe antropológico, en novela generacional e, incluso, en melodrama pasional de luchas familiares por el poder. Como algunas casas o calles de la novela, que cambian de forma, *Nuestra parte de la noche* se va transformando según avanza, cambiando de registro y de estilo sin dejar de ser la misma novela.

En *Nuestra parte de noche* vuelve a adentrarse en el punto de encuentro entre lo fantástico y lo realista, potenciando la dimensión política y social —y de clase— mediante el terror, siendo imposible disociar unas esferas de otras. Para ello recurre a un tratamiento realista de lo fantástico y a un acercamiento fantástico de lo real. Así surge un espacio literario en el que los personajes se mueven con toda su complejidad, se transforman, incomodan. Hay en *Nuestra parte de noche* una oscuridad profunda en la que apenas surge algo de luz, y, cuando lo hace, esta se siente como una anomalía en un conjunto profundamente desolador en el que los personajes son figuras movidas desde un determinismo absoluto en el interior de un país que parece abocado al sufrimiento. Un país de cuerpos mutilados y desaparecidos, que buscan el amor y no encuentran más que odio y dolor, que intentan crecer y no pueden hacerlo de manera natural. En definitiva, un país de cuerpos que están, pero que no son.

Cada largo capítulo podría entenderse como una novela breve, si bien es imposible entenderlos en su totalidad sin la relación que establecen con el resto; y, sobre todo, por la estructura a base de saltos temporales que rompen la linealidad cronológica, pero que otorgan de manera interna otra forma de continuidad, desvelando elementos e ideas, ampliando el sentido de la trama y de los personajes, dando complejidad a lo que hasta en un determinado momento tan solo aparecía enunciado, manejando personajes que aparecen y desaparecen. Un relato de gran ambición en todos los aspectos que en ocasiones conduce la novela hacia pasajes reiterativos e intrascendentes, como gran parte de lo que sucede en el Londres de los años sesenta, o que pierden algo de fuerza, como la parte final durante los noventa, demasiado centrada en explicitar algunas cuestiones sociales de la juventud y que quedan en ocasiones en lo anecdótico, a pesar del esfuerzo de Enriquez por trazar una mirada generacional amplia que sirva tanto para definir el devenir de algunos de los personajes, y concretar cómo los traumas personales

se relacionan con cada momento, como para retratar a un país y su desarrollo social.

Pero son elementos que no impiden la brillantez en su conjunto de la novela de Enriquez, quien impone un ritmo muy preciso a partir de un dinamismo narrativo sosegado que nos introduce en una realidad perturbadora. No solo porque sus páginas estén llenas de oscuridad, de pasajes de gran crueldad y depravación, sino porque estos pasajes se incluyen en unos contextos muy precisos a modo de forma no tanto metafórica como representativa de un malestar oculto. Enriquez suele conseguir que sus historias trasciendan hacia discursos más amplios y profundos. Y lo hace mostrando una realidad que nos resulta familiar y, a su vez, extraña y enferma. Esto permite a la escritora argentina componer un fresco histórico e íntimo que resulta tan concreto en los espacios y contextos que retrata como abstracto: la maldad de la que habla y representa Enriquez se relaciona intrínsecamente con la Argentina de segunda mitad del siglo XX, pero, a su vez, posee una mirada más amplia hacia la condición del ser humano y sus manifestaciones más bajas.

La Argentina de la Junta Militar y sus desaparecidos o la inflación durante la democracia de los noventa y los períodos intermedios entre ambos episodios son los escenarios de *Nuestra parte de noche*. Enriquez expone claramente estos contextos y desarrolla la historia de Juan y Gaspar, cuyos poderes para convocar a la Oscuridad, venerada desde tiempo atrás, suponen tanto una bendición como una maldición, para hablar de poder, de política, de los cuerpos y su explotación, de la herencia familiar, del tránsito de la infancia a la juventud y de ella a la madurez, de la pérdida y del amor, del odio y de la fina línea que puede existir entre el deseo y el dolor. Y, en última instancia, para componer un relato sobre una venganza final que resitúa las cosas o, simplemente, elimina un pasado para conformar un presente y un futuro que puede o no ser diferente al anterior, pero que en el fondo se presiente poseerá su propia maldad. Un cierre que abre la novela hacia el futuro: quizá, *Nuestra parte de noche* sea tan solo un largo prólogo hacia el devenir de un personaje que asume su destino a la vez que no lo acepta. El camino hacia una noche más oscura. ●



Nuestra parte de noche
Mariana Enriquez
Anagrama
680 págs. 22,90 €.